

El tío Jesús

Mi tío Jesús, hermano de mi madre, no pudo ser la oveja negra de mi familia porque en ella ha habido varias, en número indefinido pero superior, en todo caso, a lo que es recomendable para la felicidad y placidez de los miembros de cualquier familia (contamos hasta con un asesino, se teme que masivo). Pero no cabe duda de que fue la más negra de las generaciones recientes, al menos hasta que la de mis primos y mía estuvo en edad de cometer atropellos y felonías.

Mis primeros recuerdos del tío Jesús se remontan a la época en que yo era un tierno niño y él vivía todavía con mis abuelos, en la calle de Cea Bermúdez de Madrid. Mis padres nos llevaban a mis hermanos y a mí a comer allí los sábados siempre el mismo menú: lo que llamábamos «comida cubana» y mi abuela, originaria de La Habana y mujer aspaventosa, sonriente e irónica, nos presentaba como receta exclusiva en la ciudad entera. La verdad es que al tío Jesús lo veíamos poco, porque a la hora del almuerzo solía no estar aún levantado. La abuela, pacífica como pocas personas que yo he conocido, nos recomendaba a los niños que no hiciéramos mucho ruido porque «el pobre Jesús está durmiendo». Yo supongo que lo de «el pobre Jesús» era una tentativa semiconsciente por parte de su madre de hacernos creer (y de paso creer ella misma) que el tío Jesús había trabajado la noche anterior hasta tarde. Nada más falso: a través de sus otros seis hermanos vivos, sabíamos que el tío salía todas las noches de farra descomunal hasta las tantas.

Recuerdo que, con el fuerte sentido de la limpieza

y el puritanismo exacerbado de todos los niños, me escandalizaba ver desde el pasillo la cama de Jesús aún sin hacer a hora tan tardía, mientras él se bañaba con parsimonia y nosotros tomábamos un aperitivo. Jesús nos acompañaba a veces en las «comidas cubanas», con el pelo re peinado y mojado, siempre silbo-teando o tarareando, y en otras ocasiones salía disparado a la calle desde el cuarto de baño, imagino que huyendo de la marabunta de infantes. Cuando se quedaba, era siempre divertido y ocurrente, como lo era también su hermano Javier, un año o dos más joven y el pequeño de la familia. Varios de estos tíos, como el abuelo, tocaban el piano o algún otro instrumento (Jesús, si no me equivoco, se defendía con los más clásicos del jazz, música de la que era fanático), y solían amenizarnos el almuerzo con escapadas frenéticas hacia el piano, que estaba en el comedor y aporreaban salvajemente entre plato y plato. El talante macabro de Jesús y de su hermano Enrique (hoy respetable crítico musical de *El País*) se había manifestado ya en su infancia, durante la que, para asustar a su hermana Tina o Gloria y al pequeño Javier, cantaban con frecuencia a dúo una canción que también nos alcanzó a los sobrinos y de la que recuerdo los primeros y truculentos versos: «Un niño asado y tostadito / es lo que me abre el apetito, / para mascar los huesos y el pulmón, / la nariz y el esternón». Mientras la cantaban solían mirar fijamente a los niños y se relamían, sin duda un antecedente musical del posterior gusto cinematográfico de Jesús por los vampiros y los sacamantecas.

A partir de una cierta edad, sin embargo, yo prefería que el tío Jesús desapareciera y me dejara el campo libre. Pese a la prohibición que teníamos de entrar en su cuarto, o precisamente por eso, yo me dedicaba a inspeccionarlo largamente durante la tarde. Y las inspecciones se hicieron cada vez más largas a medida

que fui descubriendo la magnífica colección de publicaciones eróticas que Jesús escondía en sus armarios. Téngase en cuenta que hablo de los primeros años sesenta, cuando ver en España un solo pecho de mujer impreso era aún más difícil que verlo al natural, por azar o provocación de alguna criada desenfadada. Jesús guardaba verdaderos tesoros para los ojos de un preadolescente, y el que yo más apreciaba era un extraño libro (libro, sí, de tapas duras y formato apaisado) dedicado enteramente a Brigitte Bardot y en cuyas abundantes fotos ésta no aparecía nunca con más de una prenda de vestir y sí con menos. Lo cierto es que al tío Jesús le debo mucho en este campo iniciático, aunque sin duda él no lo sabe.

También le debo en buena medida mi iniciación literaria, ya que, como he contado en el prólogo* de la edición de Anagrama de mi primera novela, *Los dominios del lobo*, a la edad de diecisiete años me escapé a París para escribirla, con la complicidad inestimable de quien ya por entonces era más Jess Frank que ningún otro. Jesús, casado tardía y finalmente con una bella francesa llamada Nicole, poseía en aquella época un piso en la rue Freycinet, cerca de los Campos Elíseos, y tuvo la generosidad de dejármelo aquel verano de 1969, durante el que él iba a estar ausente rodando, como base para mi escritura. Aquella era una casa excelente: la presidía un piano blanco de cola y sus estanterías estaban abarrotadas, ahora ya sin ocultaciones, de libros y revistas pornográficos. Supongo que por entonces Jesús, si lo necesitaba ante su mujer francesa, gozaba de un buen pretexto para coleccionarlos, ya que compaginaba sus películas de terror y de aventuras con filmes porno, según creo rodados principalmente en Alemania e Italia bajo pseudónimos rimbombantes que segu-

* Texto incluido en este volumen con el título de «Una fuga de novela». (N. de la E.)

ramente nadie conoce, y sin duda necesitaba descubrir nuevos talentos en aquellas publicaciones.

Fue en aquellos años cuando más lo traté y cuando más se portó él como el tío tolerante y descarriado que todos los sobrinos del mundo merecen. También me prestó un verano la casa que asimismo tenía en Roma, en Viale dei Parioli, la calle de moda entre los cineastas, en la que vivían Vittorio Gassman y Sergio Leone. E incluso me llevó a algún rodaje: en una de sus películas de Fu-Manchú, mi primo Ricardo Franco y yo aparecemos irreconocibles en un par de planos: disfrazados de esbirros chinos, con trajes de seda negra y cinta roja en la frente, descalzos, bajamos a la carrera una terrible pendiente con espadas en la mano, hasta la orilla de un lago que en realidad era un pantano en las cercanías de Madrid. Creo que en pocas ocasiones me he jugado el cuello como en aquel suicida descenso durante el que me vi varias veces descalabrado, pero a Jesús no le importaban los riesgos (aunque los figurantes fueran de su propia sangre) con tal de sacar adelante sus tomas. Según tengo entendido, siempre trabajaba contra el reloj en sus rodajes, tantas y tan seguidas eran las películas que hacía. Y he oído contar que en más de una oportunidad, sin que lo supieran los actores, a los que liaba con falsos guiones confusos y disparatados, rodó dos películas distintas al mismo tiempo, con idénticos equipo y reparto, que así trabajaban doble sin enterarse y en cambio cobraban simple. Por desgracia, en aquel rodaje en el que participé tan efímeramente no se hallaba ninguno de los actores a los que por entonces dirigió Jesús: formando tándem con un extravagante productor británico llamado Harry Alan Towers, logró tener a sus órdenes a viejas glorias y mitos de los que al menos nos relataba sabrosas anécdotas a los sobrinos: Jack Palance, George Sanders, Christopher Lee, Mercedes McCambridge, Herbert Lom entre ellos.

Pero antes y después de eso, durante muchos años, el tío Jesús, motivo de alegría para nosotros, sólo lo era de disgustos para nuestros padres, sus hermanos. Cuando se casó por fin con Nicole, tras larga soltería y numerosas novias a cual más absurda e innombrable, a los niños se nos dijo que Nicole era viuda para justificar la existencia de una nueva prima, Caroline, ya crecida, que nos llegaba con ella. Con posterioridad, en el verano de *Los dominios del lobo*, tuve ocasión de conocer al padre de aquella falsa prima, que si mal no recuerdo se llamaba Jacques, muy alegre divorciado. Pero el mayor tormento para mi madre eran las películas porno de las que, por otra parte, en España teníamos escasas noticias. Mi madre era la mayor de una familia de once hermanos iniciales (murieron cuatro por el camino o antes de emprender la marcha), y llevaba casi veinte años a los tres pequeños, Tina o Gloria, Jesús y Javier, con quienes en realidad se había ejercitado como madre mucho antes de que mis hermanos y yo tuviéramos posibilidad alguna de ser concebidos. Por ese motivo, creo yo, sentía como un fracaso personal las inclinaciones cinematográficas de su lujurioso hermano: más que lamentar en sí misma la viciosa senda que su carrera había tomado, mi madre veía en ello una prometedor trayectoria moral trunca. «Parece mentira», decía, «con lo religioso que era Jesús de pequeño.»

Jesús, por lo que yo sé, siguió siendo siempre bastante pequeño, pero esto mi madre no podía saberlo. Lo cierto es que quienes han compartido habitaciones de hotel con él en su edad adulta cuentan, como contaba mi madre al hablar de él de niño, que por la noche le entran verdaderos pánicos si no hay alguna luz encendida que lo proteja. Es difícil imaginarlo para quien siempre lo ha visto como a un hombre bajito y tirando a gordo, de nariz tan chata que las gafas parecían permanentemente a punto de caérsele al suelo, nervioso,

bromista e hiperactivo. Nadie me ha llamado tantas veces ignorante e inculto como él durante mi adolescencia y mi juventud primera. Cuando mencionaba a algún actor de lo más secundario o a alguna rarísima figura del mundo del jazz y yo preguntaba quiénes eran aquellos nombres desconocidos, se ponía en pie indignado y gritaba siempre lo mismo: «Pero, ¿no sabes quién es Willis Bouchey? Pero, ¿cómo es posible que no sepas quién es Joe Albany?». E insistía hasta el infinito, como si saber quiénes eran aquellos personajes fuera una obligación mundial: «Pero, ¿*de verdad* no sabes quién es Jack Pennick? Me estás tomando el pelo. ¿*De verdad* que no sabes quién es Ike Quebec?». Y exclamaba atónito: «¡Ike Quebec! ¡Willis Bouchey! ¡Jack Pennick! ¡Joe Albany! ¡Qué incultura! ¡Pero qué ignorante! ¡Hace falta ser inculto! ¡Pero si son famosísimos! ¡Es como no saber quién es Cervantes!». Debo añadir que si alguna vez he sabido por fin quiénes eran los celebérrimos Albany, Bouchey, Quebec y Pennick ha sido por mis propios medios, porque lo cierto es que el tío Jesús tenía a bien no explicarlo nunca tras su fingido asombro y su muy real indignación y sus locos aspavientos.